

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

“LA MUERTE Y LA VIDA EN EL MÁS ALLÁ”

Sèvres, 6 de marzo de 1966

No siempre son las mismas almas las que vienen a encarnarse en la tierra. Puede ocurrir que las mismas vuelvan a menudo a lo largo de los milenios, pero no es obligatorio. Porque la tierra no es el único lugar en donde las criaturas pueden prepararse y desarrollarse. Por todas partes en el universo hay «tierras» donde las criaturas se instruyen. Entonces, de la misma manera que hay seres que vienen de otros planetas para cumplir ciertas misiones sobre la tierra, y se van después de haberlas cumplido, otros seres abandonan nuestra tierra para ir hasta otros planetas. Los Señores de los destinos, los Veinticuatro Ancianos, son los que dirigen esta circulación de almas.

Pero, en el momento en que el hombre muere, las puertas de la tierra se cierran tras él, y se encuentra atrapado en otra corriente sin derecho a retroceder. Por eso no es bueno invocar a los muertos porque impedimos su evolución. Hay que rezar por ellos, hay que enviarles luz para que evolucionen, se liberen, pero no hay que aferrarse a ellos para retenerlos y, sobre todo, tratar de atraerlos hacia la tierra.

Los libros antiguos contienen numerosos relatos de evocación de los muertos. Se degollaba a los animales y gracias a las emanaciones producidas por su sangre, se atraían y alimentaban a las almas de los muertos que durante algunos instantes reencontraban de esta forma, una especie de vitalidad. En la Odisea hay un episodio en donde se ve a Ulises hacer regresar de los Infiernos, la sombra del adivino Tiresias para que le predijese el futuro. Y en el Antiguo Testamento, también se lee el relato de la visita que el rey Saúl hizo a la hechicera de Endor para que le hiciera aparecer la sombra del gran rey Samuel: quería saber de él, el resultado de la guerra que mantenía contra los filisteos. Este género de evocaciones recibe el nombre de «necromancia» pues se trata de una predicción del futuro (mancia) por medio de los muertos (necro). Pero ¿os acordáis de lo

que Samuel dijo a Saúl en el momento en que apareció? «¿Por qué me has perturbado llamándome?» Sí, porque los muertos que han vivido en la tierra como grandes espíritus no desean ser molestados para satisfacer la curiosidad de los vivos: ¡se sienten tan alejados de sus preocupaciones mezquinas y limitadas! Desde luego que no les olvidan, aceptan ayudarles, pero de otra forma.

Evidentemente, la mayoría de los humanos, cuando dejan La tierra, no son inmediatamente liberados de sus ataduras terrestres: siguen unidos a sus padres, a sus amigos (o enemigos) a los lugares, a las posesiones, y si no están muy evolucionados, si no tienen en su corazón, en su alma, el deseo de descubrir otros espacios y de ir hacia Dios, giran alrededor de esos seres, de esas casas, de esos objetos. Estas son almas errantes que sufren y que no pueden aún separarse a pesar de que espíritus luminosos llegan hasta ellos para ayudarles. Mientras que aquellos que en la tierra ya han vivido con amor, en la luz, las virtudes, dejan muy rápidamente su cuerpo y vuelan hacia las regiones sublimes en donde nadan en la felicidad y la alegría. Desde ahí, pueden enviar corrientes benéficas a todos aquellos que han dejado abajo, para ayudarles, protegerles, pero nunca regresan ni vuelven a bajar como muchos se imaginan. Puesto que están muertos, se hallan muy lejos de la tierra y ya no vuelven.

Diréis: «Pero entonces, ¿cómo es que los espiritistas creen entrar en comunicación con ciertos personajes ilustres del pasado?» No, en realidad no es con ellos que se comunican, sino que observad lo que pasa. Cuando el ser humano se libera para partir al otro lado, deja alguno de sus vestidos. Desde luego, yo no hablo de vestidos físicos, si no etéricos y astrales que flotan en la atmósfera y están impregnados de todo lo que el ser ha vivido. Son como cascarones o sobres vacíos abandonados por sus ocupantes, y que pueden ser animados, vivificados, por los fluidos de personas reunidas en las sesiones espiritistas para evocar a los muertos. Y como en general esas personas no son muy evolucionadas, evidentemente, sólo pueden liberar fluidos muy inferiores impresos de pasiones, de sensualidad, de codicias. Y estos fluidos atraen del plano astral y etérico toda clase de existencias flotantes que aún no han sido absorbidas por el centro de la tierra.

El espacio psíquico que envuelve a la tierra es naturalmente liberado de lo que arrastra, y que es enviado al centro de la tierra; sin embargo, ciertas entidades inferiores, que se denominan larvas elementales, están aún ahí, y son ellas precisamente las que aparecen a menudo en las

sesiones espiritistas para engañar y extraviar a los humanos. Y no solamente les engañan y extravián, sino que además les agotan porque para permanecer un poco más de tiempo vivas absorben la vitalidad de los humanos.

Cualquier espíritu, el más inferior, puede entrar en la cabeza de un médium y hablaros en nombre de quién queráis: Moisés, Jesús, Juana de Arco ... Esto no prueba su superioridad. Y, en cualquier caso, no será una pandilla de personas frívolas, curiosas, sensuales como se encuentra en las reuniones espiritistas, quienes van a atraer a los espíritus evolucionados. Todo lo que pueden atraer esas personas, es la chusma que habita el astral inferior, las larvas, los restos, las sombras ... Por el contrario, si seres puros, luminosos, desinteresados, se reúnen para rezar y enviar luz, entidades verdaderamente luminosas pueden manifestarse entre ellos, pero en absoluto de la forma en que los espíritus se manifiestan en los círculos de espiritismo.

En el mundo psíquico existen también seres creados por los humanos. Ciertos personajes de la literatura, o incluso santos que jamás existieron verdaderamente, han llegado a ser tan célebres y han ocupado tanto el pensamiento de los humanos, que terminaron por tener una realidad no física, evidentemente, sino fluídica. Y, por otra parte, los egregores tienen el mismo origen. Un egregor es una entidad colectiva creada por el pensamiento de todos los individuos pertenecientes a una congregación, un pueblo o una religión, por ejemplo... Sus pensamientos, sus deseos que van todos ellos en la misma dirección, forman un egregor impregnado, consistente, moldeado por esa colectividad. Nosotros también, la Fraternidad Blanca Universal, tenemos un egregor. Todas las Iglesias, todos los movimientos espirituales lo tienen. Igual que todos los movimientos políticos, y a veces estos egregores se combaten arriba para ser el más fuerte... Cada egregor ayuda a la comunidad que lo ha formado pues es una reserva de fuerzas formidables. Posee una forma simbólica, a menudo la de un animal: un oso, un tigre, un gallo, un águila, una paloma, etc. Pero lo esencial, es comprender cómo se puede formar un egregor poderoso que trabaje en el mundo, que ayude e ilumine a las criaturas. Sólo que ¡cuidado! Podemos también ser castigados, fulminados por un egregor si traicionamos el ideal que representa. Sí, los egregores se vengan de los miembros que les han traicionado.

El plano astral está habitado por criaturas de todas clases de las que los humanos no tienen la más remota idea. Pero con independencia de ello,

lo cierto es que los seres humanos atraen a aquellas con las que entren en relación por la ley de afinidad. Así es como en las sesiones espiritistas, los participantes atraen presencias del océano astral, pero raramente son los espíritus de los muertos los que atraen. Diréis: «Sí, pero ¿cómo esas criaturas han llegado a conocer suficientes cosas relacionadas con un muerto para conseguir hacerse pasar por él?» No es difícil, todo está escrito en la Akasha Crónica, es decir los archivos etéricos del universo, y las entidades pueden informarse muy deprisa, pero a menudo no ven muy bien y ofrecen informes erróneos.

Todo depende de la persona a la que se dirija del mundo invisible: si es muy pura, muy luminosa, la entidad recibirá una respuesta exacta, no porque los espíritus hayan descendido, sino porque ella ha subido hasta ellos para tener la comunicación. Hay casos, desde luego, ya os lo he dicho, en los que ciertos espíritus son forzados a dejar su región para venir a la tierra, porque son llamados por magos muy poderosos que les incitan a bajar sirviéndose de fórmulas mágicas que saben pronunciar. Pero eso no es normal, no es natural, es el hombre quien debe elevarse con el pensamiento para encontrarlos en la región donde habitan: los muertos no tienen por qué volver a descender a la tierra.

Existen dos tipos de magia: una por la cual nos dirigimos a los seres superiores de quienes se quiere obtener bendiciones, y esto se llama una invocación, y otra por la que se quiere hacer retornar a las almas de los muertos para que se manifiesten; Y esto se llama una evocación. Pero en general, ya os lo he dicho, no se consigue obtener la presencia real de esos espíritus que se han querido evocar o invocar: son otras criaturas las que adoptan su forma o toman su voz porque tienen interés en engañar a los humanos.

Es preciso pues ser muy prudente. Yo nunca he recomendado participar en sesiones espiritistas, al contrario. Cuando era joven, asistí a algunas, pero enseguida comprendí que la gente que está ahí se aferra a su sensualidad, a sus codicias y ambiciones. Entonces, con el pretexto de comunicarse con sus parientes, atraen criaturas astrales de las que no conseguirán desembarazarse porque tratarán de satisfacer deseos inferiores a través de ellos. Por eso muchos espiritistas han acabado mal.

Así pues, dejad a los muertos partir tranquilamente allí donde deben ir. Vuestros padres, vuestros amigos, no os aferréis a ellos, no les retengáis con vuestras tristezas y pesares, y, sobre todo, no tratéis de llamarles para

comunicaros con ellos: les importunáis, y les impedís liberarse. Rezad por ellos, enviadles vuestro amor, pensar que se liberan y se elevan cada vez más en la luz. Si verdaderamente los amáis, sabed que un día estaréis con ellos. Está es la verdad. Cuántas veces os lo he dicho: allí donde está vuestro amor, será donde estaréis un día.

* * *



www.laensenanza.org